

La amistad en tiempos de dominio e incertidumbre: una lectura ética de la propuesta práctica de H-G. Gadamer para la situación actual

Mateo, Fernando Javier (Universidad Nacional de Córdoba)

La existencia humana se encuentra atravesada por un sinnúmero de condiciones que afectan su tránsito y morada sobre la tierra. Ciertamente esta experiencia del límite ante lo dado de modo infranqueable suele ser una circunstancia que la conmueve angustiosamente. Todas las expectativas, los sueños y esa capacidad de proyectar por sobre lo real otra situación imaginada, querida, deseada, se consumen y se convierten en cenizas frente al avance del fuego insobornable de la historia, que Sartre denominó *coeficiente de adversidad*. Un concepto que da sobrada cuenta de la evidencia de un fenómeno que Gadamer traduce dentro del antiguo concepto de *experiencia*. El fenómeno tan humano de la experiencia contiene una amplitud insospechada pues no se deja reducir a método alguno, sino que excede siempre los límites en los cuales quisiéramos resolver el enigma de la vida que se nos presenta en cada nueva experiencia significativa que compromete nuestras certezas cristalizadas. Y ello porque la esencia del fenómeno de la experiencia “presupone necesariamente que se defrauden muchas expectativas, pues sólo se adquiere a través de decepciones”¹. La experiencia es de manera fundamental dolorosa y desagradable, en su corazón habita una negatividad sólida que implica la exigencia para cada uno de nosotros de estar atentos a su historicidad interna y, con ello, a la condición que nos plantea: aprender del padecer, según la fórmula de Esquilo que tanto estimaba Gadamer.

Pero cuando hablamos de experiencia tenemos que partir de nosotros mismos. Quizás aún más cuando hablamos de amistad. Ahí lo tenemos al viejo y prudente Gadamer dejándose llevar por la palabra meditada en sus ensayos, donde su rigurosidad es tamizada con los recuerdos de un testigo y protagonista de su siglo. Y esto es posible y deseable porque la experiencia de la finitud, del límite, en fin, la experiencia de que no somos dioses, a la vez de darnos la chance de poder describirla e interpretarla como fenómeno común a todos los seres humanos, nos remite indefectiblemente a nuestra particularidad histórica. Cuando la experiencia es experiencia de amistad, el filósofo, y nosotros sus aprendices, tal vez sienta que su tendencia irrenunciable hacia lo universal no hace justicia a esa intensidad o decepción que lo ha convertido, más allá de sus intenciones, en amigo.

Recuerdo que para mí era un enigma que mi padre no tuviera amigos. Era, sí, un hombre muy sociable y, podríamos decir, que tenía amistades de esas que todos compartimos con los compañeros del trabajo, del sindicato, del partido o del equipo de fútbol. Eran de ese tipo de amistades que Aristóteles clasificaba como amistades basadas en la ventaja o en la ganancia, lo que nosotros denominaríamos amistades de negocios o de partido. Sin duda era grande el número de sus decepciones y yo muy joven para comprenderlas. Tal vez por eso, el antiguo maestro Estagirita insistía en que la reflexión sobre la ética y la política debían esperar a que pasen los fervores entusiastas de la juventud cronológica o pasional. Esperando que hoy mi entusiasmo juvenil haya dado paso a la reflexión, deseo intentar comprender aquello que nos sucede cuando sentimos a una amistad verdadera y aquello que implica este vínculo para el presente.

¹ Gadamer, H-G., *Verdad y Método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica.*, trad. de la 5ª ed. de 1975 por A. Agud y R. de Agapito, Salamanca, Sígueme, 1999, pág. 432.

Retomando lo que decíamos acerca de la experiencia es necesario señalar también que, de acuerdo a la verdad contenida en las descripciones fenomenológicas de Hegel sobre este concepto, en la conciencia que realiza una experiencia acontece una inversión pues ésta se enfrenta a la suspensión de las certezas que había dado por supuestas sobre algo, de este modo “la experiencia es en primer lugar siempre experiencia de algo que se queda en nada”². Es decir, la conciencia sufre la perplejidad de encontrarse cuestionada en su saber, pero esta nada en que se queda es en realidad un nuevo saber pues implica de manera fundamental a la existencia en ello y es la posibilidad de que la experiencia padecida produzca la unidad de sentido consigo mismo que cada hombre anhela. Lo descripto, “es la inversión que acaece a la experiencia, que se reconoce a sí misma en lo extraño, en lo otro”³.

Hablar de “lo otro” o, para ser más precisos y darle el giro ético que Gadamer le imprimió al concepto, “el otro”, no se consolidó como concepto hasta bien entrado el siglo XX. Se debe a una modificación importante, señala Gadamer, que ya no se diga “el tú”, sino que tampoco se hable del “no yo”, que suena como una barrera o una limitación “frente a la que hay que imponerse o de la que hay que hacerse dueño sea como sea. Hablar de “el otro” cambia la perspectiva pues se introduce una relación de intercambio en la constitución de yo y tú. Y es que cualquier otro es al mismo tiempo el otro del otro [...]. *Por lo que a mí toca*, dirá Gadamer, *me he dejado guiar por las enseñanzas antiguas en torno a la amistad*”⁴.

Ahora bien, ¿cuál es el vínculo problemático que estrecha las inquietudes en torno a la experiencia y al otro?; ¿hay algún tipo de relación entre el padecimiento que provoca la experiencia y la perspectiva que da lugar al otro como otro? El problema para Gadamer no es solamente que hagamos frente a nuestra limitación, a nuestra radical finitud, a esa facticidad que Heidegger no se cansó de señalar, sino el “saber por qué es precisamente la respuesta del otro la que me muestra mis limitaciones y por qué debo aprender a experimentarlas siempre de nuevo y una vez más si es que quiero llegar a verme siquiera en la situación de poder superar mis límites”⁵. Efectivamente, es una experiencia común a todos nosotros el que otro me muestre mis limitaciones, mis autoengaños, mis preocupaciones desmedidas o mi falta de responsabilidad. Pero esta experiencia a pesar de ser común, no responde a la experiencia cotidiana que tenemos en nuestros trabajos, en nuestras carreras o simplemente en la calle o en nuestras casas, donde generalmente percibimos a aquel otro que me señala una limitación como una amenaza, como alguien que se mete en donde no lo han llamado o simplemente como una orden que hay que cumplir. Es, más bien, la experiencia que acontece cuando nos encontramos con un amigo o una amiga verdaderos; de esos amigos que Kant decía en su antropología que: “Un amigo verdadero es tan raro como un cisne negro”⁶.

² Ibid. Pág. 430.

³ Ibid. Pág. 431.

⁴ “Subjetividad, intersubjetividad, sujeto y persona” (1975), en *El Giro Hermenéutico*, pág. 20. El subrayado me pertenece (F.M.).

⁵ Ibid. Pág. 23.

⁶ Citado por H.-G. Gadamer en “Amistad y Solidaridad”, en *Acotaciones hermenéuticas*, Ed. Trotta, Madrid, 2002. pág. 77.

La afirmación de Kant, a pesar de manifestar el escepticismo frecuente de un hombre de experiencia, nos revela una verdad luminosa pues un amigo verdadero es un fenómeno infrecuente⁷, yo diría quizás excepcional. Ese carácter excepcional es, como enseña Gadamer, un tipo de amistad “que sólo puede ser vivida, no ya definida”⁸. Pero a pesar de esa imposibilidad de poder conducir a concepto este tipo de amistad, Gadamer se propone hablar de este fenómeno recogiendo las enseñanzas antiguas en torno a la amistad, y nos recuerda que la palabra que utiliza Sócrates en el *Lisis* para denominar a la amistad verdadera es *oikeión*, que Gadamer traduce como lo “casero”, “lo propio y acostumbrado”. ¿Qué significa que la amistad verdadera sea lo *oikeión*? Gadamer responde: “Es ese estar en casa del que no se puede decir en qué consiste”⁹. Es algo sobre lo que no se piensa en ideas, que no podemos explicar porque nos toca tanto nuestra intimidad y nos une a otro ser de manera leal y excepcional que cuando queremos hablar de ella sentimos que cada palabra traiciona el vínculo que nos une. Y sin embargo, hablamos. Sobrepasamos las barreras que imponen el silencio y damos cuenta de eso cercano y familiar que, precisamente por ser tan cercano y familiar, “no quiere decir que sea claro”, como apuntó María Zambrano, quien también nos recordaba algo que solemos olvidar con frecuencia diciendo que “suele suceder que los mayores misterios están en lo familiar y cercano, sin que sepamos si el misterio reside acaso en la proximidad misma, en el hecho de que sea algo familiar, o está en el género de verdad que nos propone”¹⁰.

Pero el verdadero fundamento y condición para poder realizar una amistad verdadera, de esas amistades donde nos experimentamos “como en casa”, es contar con eso que los griegos llamaban *philautía*, y que Gadamer propone traducirlo como “amor a sí mismo”¹¹. Este amor a sí mismo no es ningún género de amor propio que nos mande pensar siempre y sólo en nosotros mismos, por el contrario, el verdadero amor a sí mismo significa el poder trabar amistad consigo mismo, lograr un acuerdo de amistad consigo mismo, para poder ser un amigo verdadero para el otro pues “el que no es amigo de sí mismo, sino que está dividido, no es capaz de entrega alguna a sí mismo o a los demás”¹². Este “es un pensamiento que, por un lado, se entrega por entero al mundo que lo rodea y, por el otro, y al mismo tiempo, es capaz de luchar apasionadamente por su libertad y su propia forma de vida”¹³, se encarga de reforzar Gadamer, quien de este modo nos muestra, a mi entender, dos de las características más seductoras de su pensamiento: un *amor fati* y un amor al mundo, por un lado, y siguiendo a Hegel en una peculiar interpretación del fin de la historia, la idea de que “la historia sólo acaba porque no cabe establecer un principio superior al de la libertad de todos”¹⁴.

⁷ Cfr. H.-G. “Amistad y Solidaridad”, en *Anotaciones hermenéuticas*, Ed. Trotta, Madrid, 2002. pág. 78.

⁸ *Ibid.* Pág. 79.

⁹ *Ibid.* Pág. 81.

¹⁰ En la “Introducción” a *El pensamiento vivo de Séneca*, Ed. Cátedra, Madrid, 1987, págs. 15-16.

¹¹ Cfr. “Amistad y Solidaridad”, *Op. Cit.*, pág. 82.

¹² H.-G. Gadamer, “El aislamiento como síntoma de autoenajenación”, en *Elogio de la teoría. Discursos y artículos*, Ed. Península, Barcelona, 2000, pág. 122.

¹³ “Amistad y Solidaridad”, *Op. Cit.*, pág. 83.

¹⁴ “Autopresentación de Hans Georg Gadamer (1977)”, en *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 1992, pág. 398.

Ambas ideas se conjugan con la insistencia con que Gadamer propone en sus últimos escritos y conferencias el asunto de la amistad como experiencia frente a un mundo cada vez más burocratizado, cuyo fruto mayor es el extrañamiento o enajenación de los hombres y su consecuente aislamiento. Cuando esto es experimentado como una situación normal, el Apocalipsis rampante en que nos tiene atrapados el nihilismo, recompone sus fuerzas más poderosas, ya que “en la medida en que el nihilismo se hace normal, son más terribles los símbolos del vacío que los del poder”¹⁵, decía Ernst Jünger en el escrito en conmemoración a los sesenta años de Heidegger. Pero también señalaba que “la libertad no habita en el vacío” sino en ámbitos que él llamó “la tierra salvaje”, que son el fundamento originario de nuestra existencia. Así, la muerte, Eros y el arte constituyen un poder de resistencia frente a todo tipo de totalitarismo.

La pérdida del miedo a la muerte es una idea espantosa para los tiranos pues “eso significaría su caída más segura”¹⁶. Efectivamente, como decía Séneca, “El que aprende a morir, desprende el servir. Está sobre todo poder, por lo menos fuera de todo poder. ¿Qué significan para él la cárcel, los guardias, las cadenas? Tiene libre la puerta”¹⁷. Eso lo ven muy bien los poderosos y por eso ocultan la muerte voluntaria. En la película *La vida de los otros*, vemos como la policía secreta se obsesiona por ese informe que da cuenta del suicidio bajo su sistema. Pero no sólo para un sistema abiertamente totalitario el suicidio es motivo de espanto y limitación de su poder, sino también para ese otro modo de totalitarismo que es, como dice Gadamer, “el veneno dulzón de la política de la información”¹⁸. Pues esta política ejerce la violencia cuando infunde un miedo ininterrumpido, una turbia dependencia. Pero nada como una muerte voluntaria puede ser por ella comprendida, la muerte voluntaria es rápidamente absorbida u ocultada bajo motivos insignificantes o que expresan ese término medio al que Heidegger aludía, porque esa decisión pone sus resortes de poder ante un abismo inexplicable.

Pero también la amistad es una amenaza para esta política totalitaria. “Todos nosotros estamos instalados en una corriente de información a la que no podemos sustraernos”, donde “la información ya no es directa sino mediatizada, y no vehiculada a través de la conversación que va de mí a otro”¹⁹, dice Gadamer. Precisamente “la charla con el amigo de confianza no sólo puede consolar infinitamente sino también devolver y confirmar el mundo en sus libres y justas medidas. Un hombre basta como testigo de que la libertad todavía no ha desaparecido; pero tenemos necesidad de él”²⁰, confirma Jünger en inspiradas palabras. Esto lo sabían bien, Platón, Aristóteles pero también Cicerón y Marco Aurelio. Pero son las *Cartas a Lucilio* de Séneca donde quizás con mayor intensidad se refleje este poder incontestable de la amistad verdadera y libre.

En sus “Cuadernos de notas a las ‘Memorias de Adriano’” Marguerite Yourcenar transcribió una “frase inolvidable” de la correspondencia de Flaubert que dice: “Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que sólo estuvo el hombre”. Es la conciencia de esa desolación que es, tal vez, también la nuestra, la que luchó para formar esas comunidades

¹⁵ “Sobre la línea”, en *Acerca del nihilismo*, Ed. Paidós, Barcelona, 1994, pág. 61.

¹⁶ *Ibid.* Pág. 62.

¹⁷ L. A. Séneca, *Cartas a Lucilio*, Traducción de Vicente López Soto, Ed. Juventud S. A., Barcelona, 2000, E. XXVI, 10, pág. 84.

¹⁸ “El aislamiento como síntoma de autoenajenación”, *Op. Cit.*, pág. 116.

¹⁹ *Ibid.* Págs. 16-117.

²⁰ “Sobre la línea”, *Op. Cit.*, pág. 64.

de amigos que son el fundamento originario de nuestra existencia pero que hoy se encuentran amenazadas y, en muchas ocasiones, ausentes, sembrando así el desierto. Gadamer era muy consciente de esto por ello buscó hasta su final legarnos la pasión por el diálogo con nosotros mismos, el deseo por la conversación amistosa donde podemos reconocernos y encontrarnos en un mundo ya no extraño, ya no amenazante, sino un mundo, como dice Jünger, en sus libres y justas medidas.